

# Poda, Tala y Arboricidio

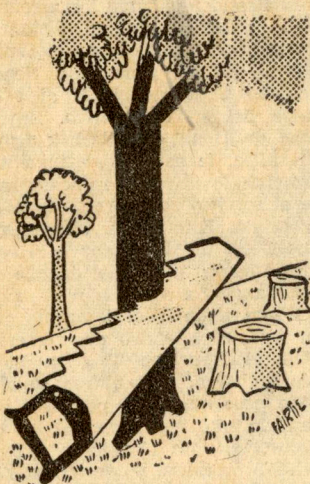
por *Sebastián Salazar Bondy*

LP 13/01/1958  
p. 16

La inexorable sierra municipal se acaba de ensañar con los ficus del Parque de la Exposición. No es ésta, por cierto, una novedad. Desde hace años cambian los alcaldes de Lima, varían los concejos provinciales, se suceden los inspectores de parques y jardines, y parece que una misma mano se lanza iracunda contra los viejos árboles limeños. Las brigadas de obreros disponen su armamento en algún sector de la ciudad que luzca los gruesos troncos y las copiosas ramas de los ficus y se dedican enseguida a bajar todo lo que en ellos es decorativo y saludable, dejando a la postre el pelado tallo, tristísimo poste natural. No faltará, por supuesto quien justifique técnicamente esto que llaman poda y que sólo es tala. Para muestra un botón. Hasta hace unos años en el Paseo de la República, cerca de la Plaza Grau, había una agrupación de árboles que fue convertida energicamente en un conjunto de inmensas estacas. Y a despecho de todas las explicaciones de los especialistas, si bien florecieron de nuevo algunos de aquellos ficus, dos sucumbieron irremediamente. Ayer no más fueron arrancados ya sin vida, muertos, como dijo el dramaturgo, de pie.

Cada vez que algún periodista reclama por el respeto a la flora urbana —lo último de naturaleza pura que le queda al prisionero de la ciudad, al que no tiene jardín ni puede darse el lujo de irse al campo los "week end"—, la municipalidad se queda muda, no obstante que lo que se expresa es un clamor. Seguramente quien da la orden tiene razones para dictarla, tal vez haya un botánico que asesore a la autoridad en este espectacular arboricidio, quizá sea útil en algún oculto sentido este afán leñador del respectivo inspector edil, pero va a resultar muy difícil que la población se convenza de que tales arrasamientos vegetales están justificados

El cronista que esto escribe ha vivido en algunas ciudades del extranjero y jamás ha visto una manera tan bárbara de realizar la necesaria poda que todo lugar arbolado requiere. Lima tiene el privilegio de contar entre sus características ésta de destrozar todo el panorama de los parques citadinos



con rigor que parece más un castigo que una medida benéfica.

Claro que el mal de Lima —con cuya municipalidad compete la de Miraflores, que hizo trizas la avenida La Paz y redujo a una triste miseria la Alameda Pardo— repercute fuera. Ya hay ciudades de provincias donde los voraces enemigos de la naturaleza han comenzado a emular a los de la

capital, pues el mal ejemplo suele cundir. No tardaremos, tal como van las cosas, en caracterizarnos —tal cual ya hay gente que en el exterior lo sostiene seriamente— como el país cuyos centros urbanos carecen de esos pulmones que son los parques arbóreos. Si nuestra costa es un desierto, ¿los valles en donde reposan los núcleos humanos serán sólo grises conjuntos de cemento, cuando no de adobe, rodeados de algodón o caña? ¿No hacen falta en ellos, y más en la capital, espacios en donde haya una réplica, aunque sea modesta, de los ámbitos campesinos? Véase, para ejemplo, ese trozo del Parque de la Exposición a que aludimos en esta nota. Es la continuación de la avenida Petit Thouars, al lado del Ministerio de Fomento, cuyo singular carácter ha quedado eliminado por el despiadado corte de los árboles, los cuales han sido reducidos a simples y lamentables pilares de madera. ¿Qué mañana volverán a vivir en el esplendor perdido? Sea permitida la duda en consideración a la experiencia.

Señor García Ribeyro: Cualquiera que tiene una regular cultura y una pequeña información sabe que podar es una cosa —la supresión de las ramas superfluas de árboles o plantas con el fin de que fructifiquen mejor— y talar otra — segar totalmente los árboles y las plantas con el fin de destruirlos—, y que esta segunda actividad ha merecido entre nosotros el acertado apelativo de arboricidio. Un hombre sensible como usted no puede querer pasar por arboricida, como otros que lo antecedieron en el cargo comunal, para evitar lo cual es preciso que detenga la mano de quien, con la autoridad municipal, nos está quitando el escaso verdor de que los limeños podemos gozar. Desde estas columnas le pedimos auxilio.